

mia política; pero es lo cierto que marcan un progreso notable en el arte minero, iniciando el camino de posteriores reformas. En ellas se rompe el odioso privilegio de otros tiempos y se abre nuevo campo á la actividad individual, que libre de las antiguas trabas y ocasiones, se lanza sin obstáculos á los trabajos de explotación.

Desde esta época comienza para la minería una era de progreso real; surgen sucesivas leyes que la regulan y mejoran, y todas tienden á emanciparla de los antiguos abusos, dándole de un modo gradual mas y mas amplitud y libertad hasta dejarla enteramente sometida á la acción de los particulares. Este es el verdadero punto de vista en que las leyes deben colocarse con relación á la industria de que nos ocupamos, pues alejado de ella el interés privado ha de vivir necesariamente de un modo efímero ó en un lamentable estado de postración y quietismo.

Mas de poco ó nada servirían las leyes mejor ajustadas á los principios de la ciencia, si el concurso de otras circunstancias esencialmente prácticas, no concurren en la explotación de que hablamos: acaso parezcan ociosas ó sutiles nuestras consideraciones en este punto, pero no dejaremos por eso de apuntarlas por que á nuestro juicio, entrañan trascendentales consecuencias.

Uno de los motivos principales de remora ó progreso para el arte minero, es despues de la ley, el sistema de administración empleado en las explotaciones y la falta de criterio científico en la dirección de los trabajos. Indicar los medios de subsvenir á estos males no lo haremos nosotros porque se indican por sí solos: con una instrucción cimentada de los principios económicos, y buenos métodos de laboreo quedan enteramente destruidos aquellos inconvenientes y se camina con firmeza en una especulación de suyo aventurada é incierta en resultados.

Hay otro mal tambien que influye hábilmente directamente en los resultados positivos de esta industria y que es preciso estirpar sin descanso y combatir sin tregua: tal es lo que gráficamente podemos llamar exageración minera, ó sea ese afán inconsiderado de abultar las proporciones del negocio, especie de enfermedad endémica á que rinden tributo todos los propietarios y que con sensible frecuencia conturba y hasta frustra muchas veces el éxito de las negociaciones, despertando la desconfianza en los capitalistas, alejando á las empresas de la explotación y atrayendo por último el desprestigio mas completo para la industria en general.

Acaso nos hayamos escedido de los límites en estos apuntes; pero la índole del asunto no nos permite reducir mas nues-

tras ligeras reflexiones en cuestión de tan vital importancia, y á cuyo examen seguiremos dedicando algunos ratos contando siempre con la indulgencia de los lectores del Minero y nuestras particulares ocupaciones.

Ramon Cabrera.

## EL SUELO DE LA PATRIA.

El bien escrito y mejor pensado artículo que con este título ha visto la luz pública en las columnas del periódico «La Revista de la Universidad Central» de Madrid, encierra una idea tan grande, una enseñanza tan elocuente que por sí solo, trascendiendo del mérito literario, merece ser reproducido por toda la prensa española.

Antes de honrar nosotros con él las páginas de esta modesta Revista, dice el *Fomento de la producción nacional*, permítanos su anónimo é ilustrado autor que le felicitamos por su patriótica concepción, á la par que por el atinadísimo desempeño de su trabajo que procuraremos hoy condensar en pocas palabras.

Si; «el suelo de la patria se ensancha con mayor honra y gloria por medio de conquistas agrícolas en el interior; de la misma manera que se disminuye por los rios que lo arrastran á los abismos del océano. Si; la extensión de un país debe medirse por el mapa agronómico. La Geografía engaña. La vega de Zaragoza es mas grande que la Mancha. España no está conquistada todavía. Las marismas, deltas, islas, lagunas y ramblas, representan una extensión superior á la mayor de nuestras provincias, y mas de dos las estepas. El suelo se engendra del trabajo. Mientras haya rocas y playas hay campo que conquistar para la familia y fronteras que ensanchar para la patria. Cada inundación de nuestros rios arrastra un distrito; cada cien inundaciones llevan al mar una provincia. Por el contrario, cada rio sangrado por canales y desviado por diques, duplica todos los años la extensión de cada distrito y de cada provincia. La patria no la regala la naturaleza sin que el sudor de la inteligencia y el esfuerzo del brazo fecundice hasta las hendiduras de las rocas. Y los árboles crean, sujetan y ayudan á utilizar el suelo vegetal: son obreros que no descansan nunca.

«El hombre que taladra un pozo en medio de la llanda ó de la estepa; el que aplana y escalona la roca; el que puebla un lago de peces ó una bahía de ostras; el que opone un dique á la marea y deseca una marisma; el que construye una barca, el que planta y cultiva un árbol, ese es el que ensancha verdaderamente el

pátrio suelo. Y en España hay regiones inmensas, caldeadas por el sol, sin rastro de vegetación, sin columna de humo ni veleta de campanario que anuncie la morada humana; estas regiones no forman parte de la patria. La agricultura castellana viene á dar una cosecha cada cinco años: si proporcionase riego á sus campos y alternase sus cultivos, daría una cosecha ó dos cada año y habria ensanchado en millones de hectáreas el suelo de la patria.

«Cuando el labrador del llano siente el contacto de la roca en la reja de su arado, acomete la falda de la colina, prende fuego á la maleza de las vertientes, remueve la tierra de los declives y mesetas y por fin, descarga los golpes de su hacha patriótica en los últimos restos de la selva centenaria que alimenta la fuente de su cocina y empapaba de clara lluvia el abtrahido surco de sus campos. El malhora descujo: su ganado encuentra agostado el césped; la fuente exprime las últimas gotas de su urna; la lluvia arrastra la tierra dejando al descubierto la dura roca y el imprudente labrador, diezmada su familia por el hambre y las epidemias, se ve obligado á levantar su tienda y bajar en busca de la tierra que su arado abandonó á la voracidad de los elementos.

«Los delitos de esa naturaleza se pagan tarde, pero son terribles. Múller, decía que un árbol representa la salud de un individuo, y puede añadirse que un árbol es la garantía de nuestra vida y el escudo de la patria. Tal vez al descargar la segur en el fondo del bosque habeis asestado un golpe de muerte en la garganta de vuestro hijo.

Talados los bosques, la capa arable desaparece, las sequias menudean, con ellas alternan la piedra y luego las provincias acuden á las Cámaras pidiendo condonación de impuesto. Lo que el Gobierno recibió de más con la venta de las ventas públicas, despues lo recibe de menos con las exenciones de pago. El Gobierno no ha ganado nada y las provincias han perdido mucho. La tierra de las montañas ha bajado á los valles, pero con ella han descendido tambien las inundaciones y los pedriscos.

«La intemperancia del arado ha hecho olvidar el olivo, la vid, la morera, el naranjo, la palma, el algarrobo, el castaño, la encina, el pino, el almendro, que dan sus frutos sin cultivo ó con cultivo ligero, por el trigo, que requiere tierras sustanciosas y trabajos pesados; así es como el trigo ha mermedo centenares de leguas al suelo pátrio. El labrador español es esclavo del arado: no es él quien lo dirige, es el arado quien lo arrastra á él; no le deja un minuto para leer, ni para discurrir, ni para mejorarse y educar la familia. Y la